

los *Disparates* afloran temas de la juventud del pintor (el pelele, el baile), que evocan, aunque ahora en clave grotesca, motivos de los Tapices o de los Caprichos. En esa dirección hay seguramente que entender mucho de lo que la Tauromaquia, también de vejez y obra casi contemporánea, presenta.

## La Tauromaquia: sueños juveniles

A pesar de su tono sereno, de su aire a veces festivo, debemos pensar la Tauromaquia como fruto también del sueño, de la otra dimensión del sueño o del ensueño, que hace aflorar los recuerdos de antaño, instantes aquellos en que se vivió la felicidad. Sueño real o voluntaria evocación ensoñadora de añoranzas de lo vivido, al modo de esos "revivals" que el frenético ritmo de nuestro tiempo impone a músicas o espectáculos, Goya "revive" en lo mejor de la Tauromaquia sus sueños juveniles.

Es significativo que muchos de los toreros evocados (Martíncho, Juanito Apiñani, Mariano Ceballos, la Pajuelera) sean los famosos de su juventud, los admirados en su Zaragoza, tan remota en la memoria, o en sus primeros años madrileños, repletos de ilusiones. Unidos subconscientemente a la añoranza de un mundo distinto, valen en su obra como la evocación de una canción ya olvidada, como aquellas imágenes cinematográficas a cuyo hechizo se reconstruyen en nuestra conciencia vivencias de otro

tiempo que imaginamos más dichoso.

Aún hay una última dimensión de las artes en las que Goya tiene algo que decirnos, y en la que se le ha visto como un avanzado, como un anuncio de otros tiempos. Cuando en nuestros días se ha hecho explícita desde muy diversos ángulos la dimensión política del arte, cuando se ha clamado por la necesidad y aún la exigencia de una presencia batalladora del hecho artístico en las trincheras de las confrontaciones sociales, o ante la violencia movida por los excesos del poder, también Goya ha tenido algo grave y grande que decir, desde su terrible fidelidad a lo humano, desde su anclaje lejos de toda bandería. Desde su posición escogida de testigo del dolor y acusador de la violencia, venga de donde venga, Goya da una soberbia lección de verdadero arte político, es decir, de arte al servicio de la convivencia de los hombres. Su mensaje más vivo, como llamada a las generaciones sucesivas, está quizás en las láminas angustiosas de los *Desastres de la guerra*, con su desfile de violencias y muertes, con sus irracionales alardes de salvajismo que a nada conduce sino a la oquedad terrible de una nada donde se sepultan las palabras vacías, las retóricas verbalistas, las trampas engañosas con que se nos arropan tantas veces los más torpes impulsos del ansia del poder y la codicia.

Los dos hombres que, en una de las más espantosas pinturas negras, se golpean ciegamente, solos

y encenagados, con violencia irracional y salvaje, son la más terrible imagen-amenaza de la guerra. Contra ella clama; contra su inútil sin sentido.

Y desde su amarga experiencia de hombre envejecido en el dolor y la soledad, esa estampa de la ceguera por siempre como una acusación admonitoria, como una llamada desesperanzada para que al hombre se le devuelvan, como otro poeta de nuestros días pedía, los atributos de su humanidad: "la paz y la palabra". ■

